

Vió tambien dos cabezas dibujadas de lapiz tenidas por de Juanes representando al duque fundador y á su muger la reina Germana.

Tal era, — y perdonenos el lector si en breve relacion se lo hemos descrito por tocar esta obra á su término, — tal era, repetimos, á principios de este siglo el monasterio de Gerónimos San Miguel de los Reyes, llamado *el escolial valenciano*.



EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)

Don Jaime I. fundó una mano protectora á la carayana religiosa salida un día de Poblet y amparados por él, los monjes levantaron un monasterio que no tardó en mostrarse como opulento. En un pueblo brilló en los siglos de oro las asambleas legislativas, temerarios parlones y ricas guindas. Hemos leido en sus libros á la religiosa comunidad, concedida el monarca absoluta jurisdicción sobre varios lugares con facultad para poblarlos. Fue el primer monasterio acumulado riquezas, y bien pronto sus áreas estuvieron siempre abiertas para el necesitado, siempre abierto su templo para el peregrino. Siempre halló respuesta una celda lo mismo el viajero que viniendo de lejos, que el vecino á demandar la hospitalidad, que el varon que pedía por los quebrantos de la vida se presento humilde á pedir un asilo.



El benévolo lector que tan generosamente nos ha acompañado en la peregrinacion que hemos hecho á los principales monasterios de nuestra patria, quiere todavía benigno departir unos momentos mas con nosotros y escojernos, aun otra vez, por su fiel, aunque indigno y pobre *cicerone*, le llevarémos al famoso monasterio de Piedra en Aragon y no léjos de Calatayud, le contaremos la historia de esta opulenta morada de humildes cistercienses, recorreremos con él los corredores solitarios y las desiertas habitaciones, pasearémos las poéticas orillas del rio Piedra, penetrarémos en las grutas bordadas de caprichosas estalácticas, y nos detendrémos junto á la cascada asombrosa del rio donde, despues de haberle hecho examinar lo delicioso del panorama y lo encantador del paisaje, le contaremos una tradicion religiosa, original y rara entre las mas originales y raras que le hemos ya narrado, si bien que con habla torpe y con vulgar desaliño, en el curso de esta obra.

Empezamos nuestro viaje por el monasterio de Poblet; lo concluirémos por

un hijo de este, que hijo de Poblet es el monasterio de Piedra, pues que del primero salió en 9 de Mayo de 1194, reinando á la sazón D. Alfonso II *el Casto*, el abad Gaufrido acompañado de doce monges con objeto de fundar en las márgenes pintorescas del río una casa de oración, asilo humilde de paz para el naufrago fugitivo de las tempestades de la vida.

Durante varios meses permanecieron los monges en el lugar de Peralejos inmediato á Teruel, pasando luego la colonia á ocupar por espacio de veinte y dos años el inmediato solar de *Piedra vieja*, donde terminó sus días el fundador.

Don Jaime I tendió una mano protectora á la caravana religiosa salida un día de Poblet y amparados por él, los monges levantaron un monasterio que no tardó en mostrarse como opulento señorío. Su prelado brilló en los escaños eclesiásticos de las asambleas legislativas, renombrados barones y ricos ciudadanos legaron sus bienes á la religiosa comunidad, concediéndola el monarca absoluta jurisdicción sobre varios lugares con facultad para poblarlos, fué el naciente monasterio acumulando riquezas, y bien pronto sus arcas estuvieron siempre abiertas para el necesitado, siempre abierto su templo para el peregrino, y siempre halló dispuesta una celda lo mismo el viajero que viniendo de luengas tierras se acercó á demandar la hospitalidad, que el varón que herido por los quebrantos de la vida se presentó humilde á pedir un sosegado asilo.

Dos estatuas, las de Don Alfonso y Don Jaime, que un día habían de verse mutiladas á pesar de los recuerdos gloriosos y santos que inspirar debían á los aragoneses, adornaban la puerta de la iglesia, á la cual no se llegaba sin embargo sino después de haber atravesado la muralla que rodea el monasterio, toda de piedra mármol sin pulir, arrancada á las grandes canteras de los montes que circundan también con otra más imponente muralla el edificio.

Interrumpida se halla de trecho en trecho la muralla por algunos cubos ó torreones que le dan todo el aire de una feudal fortaleza. El cuadrado torreón que sirve de entrada es sombrío é imponente; tiene sobre la puerta dos escudos con la mitra y el báculo abacial; en el uno se ven tres piedras y en el otro un castillo sobre una roca con este lema: *Castrum de Petra*.

Es fama que este torreón sirviera un día de cárcel ó reclusión no solo para los monges discolos, sino también para la numerosa servidumbre que vivía dentro del monasterio, y que formaba una especie de pueblo, el cual elegía anualmente un alcalde con aprobación del abad para su gobierno civil.

Una segunda puerta franqueada por dos torrecillas detiene al viajero más adentro. En el interior del portal se ven algunos rudos frescos representando á

la Virgen con los santos monjes Benito y Bernardo y los santos caballeros Martín y Jorge.

Lo primero que se ofrece á la vista es la hospedería con su fachada de estilo gótico germánico, recuerdo de la época en que los reyes católicos asombraban al mundo con las proezas de su reinado.

Penétrase luego en una plaza formada por la fachada de la iglesia, la hospedería y el palacio del abad, que es de gusto moderno y regular arquitectura.

Peregrinos cristianos, lo primero que debe atraernos es la iglesia. Dirijámonos pues á ella nuestros pasos.

Llora el templo la pérdida de su fachada bizantina, como llora en el interior la desaparición de los bellos recuerdos que en mal hora para el arte le robó la renovación que sufrió á últimos del siglo XVII.

Desapareció la pureza y la poesía de los altares: pilastras barrocas sustituyeron á las elegantes columnitas, y arrimada á cada pilar, como oportunamente ha dicho un escritor, se apostó una colosal efigie de santo de tremenda catadura y rabiosos colores.

La primitiva idea desapareció casi bajo la invasora idea nueva, hija del mal gusto, y se creyó hacer una obra maestra adornando la desnudez respetada por cinco inteligentes siglos, con pinturas indignas del sitio y de la morada que había nacido, hermosa flor, en el vergel bizantino.

Solo un altar, como el arca en el diluvio, solo un altar pudo salvarse de la general destrucción. Es el altar que llamaban del Relicario. En las grandes hojas de sus puertas, un pincel inteligente y purista pintó seis pasajes de los hechos que prepararon el nacimiento del Redentor y otros seis de su pasión y muerte. En el primero de estos pasajes figuran San Joaquín y Santa Ana abrazados y un ángel anunciando á esta su parto; siguen por su orden el nacimiento de la Virgen, su ofrecimiento en el Templo, la anunciación, la visitación, y el nacimiento de Jesús. Los otros seis representan la prisión del Salvador en el Huerto, Pilatos lavándose las manos, Jesús subiendo al Calvario, el acto de crucifixión y el descendimiento de la Cruz.

Al abrirse las puertas de este relicario, presenta en su parte interior títulos aun mucho más superiores á la admiración. Véanse ocho ángeles, figuras poéticas y diáfanas, con ropajes de brillantes y resplandecientes colores, inclinados sobre varios instrumentos que parecen pulsar embebeciéndose en sus acordes é inspirados sonos.

Por lo que toca al tabernáculo, depósito un día de numerosas y preciadas reliquias, forma siete arcos, cuyos frontones piramidales y esbeltas colum-

nas y grecas y arabescos, destacan dorados sobre un fondo azul bordado con ramajes de oro del mas puro é inteligente buen gusto.

El vasto y grandioso monasterio es una especie de conjunto de diversas arquitecturas, y allí puede verse como el bizantino puro ha tenido que ir cediendo el campo á la ojiva y á los relieves multiplicados del género gótico.

Las huellas bizantinas se encuentran á cada paso, á cada momento. Aquí una puerta achatada guarnecida por toscas molduras, allí el refectorio con variados y hermosos capiteles, mas acá grandes y hermosas ventanas, mas allá arcos atrevidos sobre esculturados capiteles. Hasta en las piezas mas puestas en contacto con los usos de la vida y mas espuestas por lo mismo á renovaciones, se encuentran esas huellas de aquella arquitectura consagrada primitivamente á los monumentos y que hubo de sembrar de joyas y bellezas eternas los desiertos de la España.

Los claustros se pavonean orgullosos mostrando sus adornos góticos, sus airo-sas y elegantes ojivas, sus capiteles de labrados follajes imitados del bizantino. Estos claustros anchurosos y dilatados cual acaso no existen otros en ningun-monasterio, corren parejas con una escalera monstruosamente grande que se despliega majestuosa en dos ramales, sostenida toda por arcos y cobijada por linda bóveda de crucería.

Por lo demás, el monasterio es rico en celdas espaciosas con lindas galerías, en salones y oficinas cómodas y vastas, en anchurosos corredores é inmensas habitaciones. Por la parte de la huerta ofrece el edificio una grata perspectiva por la triple hilera de treinta arcos que forman sus galerías.

Un trozo contiguo á ellas estaba destinado á servir de recreo á los monjes, dividido en pequeños jardines que cultivaban por sí mismos, recreo harto conveniente á unas personas que se veían privadas de toda sociedad y trato, y sin poder entrar en las celdas de otros, sino despues de cuarenta años de hábito.

Lo que mas llama la atencion son las bellezas naturales que agolpa dentro del recinto de su huerta; sin tener necesidad de salvar el cinturon de piedra de su morada solitaria, el anacoreta del monasterio podía recorrer sitios pintorescos, lugares agrestes y salvajes, adornados por la naturaleza con todas las maravillas y caprichos, con todos los recursos de que sabe echar mano para elevar el alma y cautivar los sentidos.

El viajero que quiera ir á henchir, á llenar su alma de emociones las mas contrarias con los encantos de la huerta, no debe olvidar una visita á Nuestra Señora de la Blanca ó de los Argádiles. Es una ermita que asoma blanqueada al

borde de un precipicio, como una nayade que saliera del fondo de una caprichosa gruta de estalácticas.

Es un santuario perdido entre las rocas del desierto que el peregrino visita con secreta y religiosa emoción, en medio del grande y majestuoso silencio de la naturaleza.

De interesantes detalles góticos es su retablo, y sus pinturas interesan cuando nó por su mérito sobresaliente, por su antigüedad al menos, por las particularidades que ofrecen, y sobretodo por la poesía, por el suave espiritualismo de las ideas.

El cuadro del centro representa á la Virgen ofreciendo una flor á San Bernardo y al niño Jesus con un pajarito en la mano y rodeado de ángeles que le presentan pájaros y flores; en las comparticiones laterales se ve á un lado el descendimiento de la cruz, la resurreccion, la descension del Espíritu Santo; y al otro la anunciacion, la adoracion de los reyes, la purificacion y la muerte de la Virgen. En este último pasaje, entre torrentes de luz y en medio de dos ángeles, se aparece á la moribunda Señora un hombre aun jóven con vestidura blanca y un niño en los brazos; el artista parece haber querido representar á San José, y en este caso no puede darse idea mas dulce y mas simpática que la de figurar el esposo consolando en la agonía á su esposa. El remate triangular del retablo representa el juicio final, y el basamento dos santos tendidos que son San Benito y San Bernardo.

Ante el umbral de esta poética ermita, como si bañar quisiera sus piés con aguas acariciadoras y murmurantes, discurre dulcemente el Piedra, ese rio de virtud májica que, realizando en breves dias la accion reservada á los siglos, petrifica los objetos que se bañan en su corriente dando lugar á mil raros caprichos y á esperimentos útiles para el curioso naturalista.

Luego que haya el peregrino gozado en esta soledad deliciosa y haya maquinalmente doblado la rodilla para orar, pues que todo allí le hablará de Dios en mudo pero elocuente lenguaje, dirijase en busca de otro sitio pintoresco entre los muchos que dentro la cerca abundan. Atraviase el puente de endebles y vacilantes tablas arrojado sobre una corriente mansa por el momento, y bien ajena de imaginarse que no tardará en lanzar quejidos de dolor al verse rasgada en caprichoso juego por las mil puntas de la peña, cruce la umbria espesura que se ofrecerá á sus pasos, y penetrará en una pequeña pradera en pura forma de anfiteatro y rodeada de árboles y malezas.

Deténgase un momento y fije la vista en un montecillo arbolado, como si fuera monstruosa cabeza de encrespada cabellera, y repare al pié de un esbelto

álamo que agita en el aire su follaje amarillento, la cascada que ruidosa se desprende desde gran altura poblándolo todo con su rumor monótono y grato, con su voz de trueno que hace estremecer el monte. Las entrañas de éste esconden grutas llenas de estalácticas, llenas de portentos, llenas de maravillas. Allí, Dios ha sido el arquitecto, y el hombre, el artista mas inspirado, se sorprende al ver aquellos palacios subterráneos, cuyas paredes están vestidas con las mas sorprendentes labores, con los mas caprichosos calados, con las mas trabajadas agujas, chispeando todo en prismáticos cambiantes al ser herido por la luz, como si fueran muros cuajados de brillantes y de estrellas. Ninguna creacion del arte humano vale lo que aquellos tesoros allí sepultados, ningun risueño y fresco capricho de artista vale lo que aquella pradera donde se balancean rumorosos los árboles, donde ruje la cascada, donde murmura el arroyo, donde pian dulces y amantísimas las aves.

Y no paran aquí las maravillas de la huerta. Si el viajero gusta de los sitios agrestes y salvajes, allí tendrá que cruzarlos á cada instante; si el viajero ama el ruido, la grandeza de las cascadas, allí las tiene en todas formas hirviendo sus ojos con bellos y seductores aspectos.

El rio, que al pié del eremitorio de Nuestra Señora de *la Blanca* se ha dividido en dos ramales, vuelve á juntarse mas tarde, y mientras se arrulla cariñosamente como felicitándose de un lazo que cree indisoluble, fáltale de pronto el suelo, cual si Dios tratara de probar que no es completa nunca ni duradera la felicidad, trunca su cauce un abismo, y húndese de pronto en una tajada angostura, semejándose algun tanto en este salto á *una cola de caballo*, cuyo nombre con toda oportunidad le han dado los habitantes del país.

Otras cascadas hay en la huerta, donde el agua ya cae perpendicularmente, ya se quiebra en mil corrientes de espuma, pero ninguna acaso mas admirable y sorprendente que la denominada por el vulgo *el chorro palomero*.

No deje de visitarla el peregrino, si ama los grandes espectáculos, las grandes emociones, las grandes maravillas de la naturaleza.

Toda el agua de los arroyos reunida como en un haz, se precipita por entre dos rocas á una elevacion de setenta varas. Si el viajero se asoma al balconcillo suspendido sobre el precipicio, al arranque de la cascada, y fija la vista en la negra hondanada que engulle el agua y de donde parece salir una atronadora voz de monstruo, su primer movimiento es el de retroceder, vencido por el terror mas involuntario y acaso tambien por el vértigo que parece querer abrazarle en su círculo de fiebre.

El estruendo aumenta cuando no baja todo el caudal de agua indispensable

para formar bien la graciosa curva y salvar la punta de una roca contra la cual se estrella á mitad del descenso partiéndose en dos ramales. Detrás de este chorro se ve una gruta oscura en medio del abismo, cuya boca parece cerrar la cascada con cortinaje de transparente cristal; en ella anidan millares de palomas torcaces, de donde se deriva el nombre de *chorro palomero*.

Alguna que otra vez, en aquellos dias tibios del benigno otoño, en que el cielo es azul, el sol brillante y la brisa dulce, suele suceder que el vapor levantado por la furiosa caída del agua, se esparce como rasgados pedazos de un blanquizco velo sobre las puntas de las rocas, formando un fenómeno maravilloso. El sol hiere las quebradas de las peñas, las gotas de agua desprendidas de la cascada voltean por el aire en lluvia de oro, y el vapor condensándose y estendiéndose como un manto, como una faja, como un turbante que se desarrolla, cobra todos los bellos y májicos y resplandecientes colores del iris.

Entonces el espectáculo es completo si algun grupo de nevadas palomas atraviesa por entre el vapor. Aquellas amantes aves parecen bañarse entre todos los colores del prisma, nadar en un mar revuelto por oleadas de ópalo, de azul y de púrpura, mecerse muellemente en brazos de nubes diáfanas matizadas con hermosos y deslumbrantes resplandores.

Son raros los que han tenido la audacia — que audacia se necesita por cierto, — de descolgarse hasta la caverna donde moran las salvajes palomas á las cuales parece dar vida el húmedo ambiente que se escapa como una respiracion fatigosa de aquel hervidero de aguas. Cuéntase de un vecino de Calatayud que, habiendo descendido, se rompió la cuerda á que estaba atado su cuerpo y el infeliz rodó al abismo para no volver á saberse mas de él en la vida.

Para que nada falte á este cuadro, para que no eche menos ninguna belleza, tiene tambien sus tradiciones fantásticas y misteriosas de aquellas que se cuentan junto al hogar mientras chisporrotea la leña y silva el viento por de fuera. Cerca del *chorro palomero*, encontrará el peregrino un enorme peñon ó por mejor decir un cerro separado de los demás, que las gentes del país se lo señalarán misteriosamente y santiguándose al nombrarle.

Es *la peña del diablo*.

Siéntese entonces el viajero sobre una piedra y hágase narrar la fantástica tradicion á la que es deudora la peña de tan estraño nombre. De seguro que no le pesará el cuento, si es habil y entendido el narrador.

I.

SI Ponce el bastardo de Guevara, como se le llamaba, era el mejor y mas apuesto caballero que manejaba lanza y embrazaba escudo en toda la comarca de Huesca, Eladia la heredera de Pomares era el mas hermoso par de ojos negros que brillaba en todo el reino de Aragon.

Ponce amaba á Eladia y Eladia amaba á Ponce, pero esto no bastaba.

Habia en medio de los dos amantes como una estátua de bronce, el gigantesco baron de Pomares, hombre de corazon de hierro, padre de Eladia, y el cual no queria que un miserable bastardo llegase á ser jamás el poseedor de su hermosa hija.

En vano Ponce, ardiendo de amor, se habia hecho un nombre famoso en los torneos y en las batallas; en vano Eladia se habia arrojado suspirando y bañada en llanto á los piés de su padre diciéndole:—He de ser de Ponce ó del sepulcro.

El baron le habia calmosamente contestado:

—Ni serás de Ponce ni del sepulcro, sino del señor de Lizana que muere de amor por tí.

—Es que yo no le amo.

—No importa.

—Es que me es odioso.

—El odio se calma.

—Seré desgraciada.

—Serás feliz.

Y para que empezára á estudiar la felicidad que le esperaba con el señor de Lizana, el baron encerró á su hija en un oscuro calabozo de donde ya no salió mas que para ir al altar, ante el cual la unieron con el hombre á quien ella aborrecia mas en el mundo.

La misma noche del enlace de Eladia con el de Lizana, Ponce desapareció del pais sin que se volviese á saber de él.

II.

HABIAN trascurrido muchos años.

En el monasterio de Piedra habia un monje misterioso al cual el pueblo llamaba *el monje inspirado*, y al cual sus compañeros parecian tener cierto res-

peto y le concedian como instintivamente cierta superioridad sobre ellos.

Era de todos el que mas tarde se quedaba á orar en la iglesia, en el templo estaba siempre de rodillas, jamás se le habia visto sonreir, sus ayunos y maceraciones eran frecuentes, y su rostro, aunque jóven, estaba surcado por hondas arrugas, arrugas de esas que se deben al dolor ó al desengaño.

Muchas veces salia de noche de su celda, como si no pudiera dormir perseguido por algun recuerdo que la austeridad del claustro á templar no bastára, y entónces recorria silencioso los corredores murmurando en voz baja y sorda palabras entrecortadas que bien podian ser las de una letania ó de un rezo, y á menudo, en estos momentos estraños y á esta hora intempestiva, se bajaba á la iglesia y, uno tras otro, doblaba la rodilla ante todos los altares, golpeando su frente en el pavimento y clavándose en el corazon las uñas, como si de la una y del otro arrancar quisiera una importuna memoria.

Otras veces cruzaba con precipitados pasos la huerta é iba á sentarse al borde de los abismos, junto á las mugidoras cascadas, y allí, cara á cara con la naturaleza y con Dios, hundia su frente entre las manos y ya lloraba con sollozos estridentes que ahogaba la voz de las cascadas, ya se estremecia y revolvía en medio de terribles crisis nerviosas que por largo rato le aquejaban.

Quién era este hombre?

Nadie lo sabia.

Solo el abad conocia su nombre, su secreto quizá, y el abad no se lo habia comunicado á nadie. El dia que le hizo tomar asiento entre los que durante su vida debian ser sus hermanos y compañeros, le dijo no mas:

—Bien venido seas, Ponce.

Los otros pues solo sabian que se llamaba Ponce.

Con nadie se comunicaba el misterioso monge; sus hermanos jamás habian oido de él otras palabras que las que les dirigia al encontrarles por fraternal saludo.

Un empleo ó comision habia querido Ponce reservarse y el abad se lo concediera.

Cuando un monge estaba en los últimos momentos de su vida, Ponce era el que bajaba al claustro y empuñando el aldabon que colgaba del pilar fúnebre, daba á compás los tres golpes con que se convocaba á la comunidad en torno del lecho de la agonía, y que eran una imitacion de los que, segun tradicion entre los cistercienses, solian oirse sobrenaturalmente en las celdas de los moribundos y se llamaban *los golpes de San Benito*.

Cuando cumplia éste encargo, que voluntariamente se habia impuesto, los